

México o Roma

OCTAVIO CASTRO LÓPEZ
Universidad Veracruzana

Don Manuel Martí, deán de Alicante, en parte pertenece al siglo xvii, en parte al xviii, pero su espíritu está anclado en una época remota. Lo dominan la intransigencia y la parcialidad. Antes que comprender, excluye. Famoso por su erudición y respaldado por su autoridad eclesiástica, no era extraño que se le consultara sobre asuntos que concernían a su hipotética competencia. Un joven candoroso, Antonio Carrillo, acudió a él en busca de consejo. Se proponía viajar a América y solicitaba, naturalmente, la opinión del maestro. Se trataba de un adolescente apto para el estudio de las letras (*aptam natam capessendis litterarum*). El dómine ofreció su respuesta a rajatabla; o México o Roma, disyunción en la que inexorablemente se tiene que eliminar uno de los dos miembros. El primero representa el Nuevo Mundo, sitio el menos indicado para la formación de un ser humano. Su estado de barbarie lo descalifica desde ya. El segundo (Roma) es la opción válida. Lo acredita su historia milenaria y reside allí la cabeza de la Iglesia Católica.

Acá, en la otra trinchera, en el extremo opuesto de Alicante, se encontraba don Juan José de Eguiara y Eguren, criollo acendrado y espíritu inmerso en el siglo de las Luces. Él se encargó de disolver la disyunción, porque el primer miembro entrañaba una falsedad, originada más en el prejuicio que en el discernimiento. Eguiara emprendió la tarea de mostrar al despistado erudito que su posición excluyente podía transformarse en una propuesta que hiciera justicia a los dos términos supuestamente antitéticos. No era México o Roma, sino México y Roma.

Sin poner en duda los valores de la cultura milenaria fincada en Europa, había que crear la conciencia de los valores que poseía América. De aquí nació la venturosa idea de la *Bibliotheca Mexicana*, a la que Eguiara dedicaría muchos y pacientes años de laboriosidad. Don Juan José formaba parte del grupo eminente de humanistas que en el siglo XVIII mexicano contribuyeron a oxigenar la vida intelectual del país, a fomentar de manera legítima el sentimiento de pertenencia mexicano y a dignificar, ante los ojos de Europa, la imagen de la Nueva España. Abiertos al pensamiento moderno, se mostraron interesados en la ciencia, estudiaron, sin cortapisas, a los pensadores de los siglos XVII y XVIII, prefirieron el testimonio de la razón al argumento de autoridad, concedieron amplio margen a la observación y fueron sinceros partidarios de la apertura y la pluralidad. A su juicio, ninguna nación podía arrogarse el papel de subordinar a otra, amparada en alguna supuesta superioridad. Bien miradas las cosas, su espíritu crítico minó los cimientos de la Monarquía de Ultramar.

Eguiara y Eguren, aquí nuestro punto de referencia, abrió brecha. A lo largo de los siglos XIX y XX una legión de estudiosos han seguido su ejemplo y aprovechado su obra. No es propio de este espacio detenerme en los detalles. Sólo me limito a llamar la atención sobre un hecho: los humanistas del siglo XVIII —Cavo, Alegre, Clavijero, Díaz de Gamarra, Eguiara, Basoazábal, Márquez, Maneiro y Fabri, entre otros— nos heredaron una lección que, para bien de nosotros mismos, hemos asimilado. La cultura de Hispanoamérica, en todas sus etapas y manifestaciones, puede alternar, sin rubor alguno, con las otras culturas del mundo. Nuestro compromiso ineludible es el de explorar y comprender nuestro pasado, con todos los medios de que disponemos y sin taxativa alguna. México no nace en el siglo XIX. Ahí se dan las circunstancias que favorecen su autonomía política. México hunde sus raíces en las culturas prehispánicas y se forja a lo largo de los tres siglos de virreinato. Incursionando en ese mundo alucinante y complejo, ganamos en el conocimiento de nosotros mismos.

Tal es el propósito que ha guiado las jornadas del Seminario de Cultura Literaria Novohispana, adscrito al Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM. José Pascual Buxó orienta y

coordina, sin darse reposo, las actividades del Seminario, apoyado en sus colaboradores inmediatos y en el trabajo de numerosos investigadores del país y del extranjero. El volumen que acaba de aparecer —*La producción simbólica en la América Colonial* (Ed. de José Pascual Buxó. México: CONACYT-UNAM, 2001. Seminario de Cultura Literaria Novohispana. Serie Estudios de Cultura Literaria Novohispana, 15)— es prueba fehaciente de la empresa en que todos participamos con el interés y la entrega que exige una obra de esta índole.

El planteamiento de Martí, por su obvia estrechez, ya perdió sentido. Ya no es México o Roma. Ahora hablamos de América y el mundo. Tampoco nos limitamos a la literatura en sentido estricto, es decir, al arte que obedece a un diseño manifiestamente estético. Nos referimos a la literatura en sentido amplio y a las relaciones que tiene con otras áreas del arte. En vez de un acercamiento que parece o fragmente lo que en la realidad se presenta como un todo, se establece una visión integradora que vincula a la literatura con otras modalidades del arte. De esta manera pueden detectarse, por ejemplo, los nexos que hay entre la poesía, la música, la pintura, la arquitectura, el canto o la danza. Pero no se quedan ahí las cosas. La literatura también está asociada a la historia, a la política, a la ideología y, en fin, a las diversas instituciones que ha creado la sociedad. Los numerosos trabajos que forman parte de este volumen, descubren, ante nuestros ojos, la trama en que se origina y funciona un texto literario.

Para quien se pregunte la razón por la que se ha adoptado semejante perspectiva, tiene la respuesta en el mismo título: *La producción simbólica en la América Colonial*. ¿Qué relación existe entre la cultura del virreinato y los símbolos? No es, desde luego, fortuita. La sociedad novohispana adopta, como forma de vida, un complejo sistema de símbolos. En otras palabras, los hombres de la Colonia entienden la representación simbólica como una forma esencial de su conciencia. Su ideología, sus prácticas religiosas, su vida política, su trabajo intelectual, su arte, su educación, creación editorial, todo expresa esa función básica de la conciencia. El símbolo es el vehículo de sus ideas, de sus sentimientos, de sus creencias, de sus actitudes. Tanto el que produce el símbolo como el destinatario están habituados a esa forma de comunicación.

De la poesía emblemática en la Nueva España, ensayo del propio José Pascual Buxó, viene a cuento. A mediados del siglo XVI Cervantes de Salazar ya emplea los emblemas de Alciato para referirse a las virtudes cristianas y a las hazañas militares de Carlos V. Aparecen usados en el *Túmulo imperial de la gran Ciudad de México*. Figuras e imágenes, aparte de la escritura, ayudarían al espectador, independientemente de su grado de preparación, a comprender y a apreciar las dimensiones del personaje que ocupaba el centro del Imperio Español. Tal era el cometido de los emblemas, estimuladores del sentido de la vista y del entendimiento. Acudo a las palabras del maestro para redondear la idea:

El gusto de los novohispanos por la avasallante moda de los jeroglíficos e imágenes significantes puede documentarse no sólo en los libros importados del Viejo Mundo, sino, principalmente, en su aprovechamiento en la pintura mural y, por supuesto, en los programas alegóricos de arcos triunfales y piras funerarias erigidos en México con rigurosa puntualidad (Buxó 2001).

A lo largo del siglo XX el *Sueño* de sor Juana dio pie a los más diversos acercamientos, a las lecturas más dispares, sin que naturalmente, ningún trabajo pretendiera ser el definitivo. Es privilegio del poema mantenerse como obra abierta. El pequeño ensayo de Elías Rivers lo confirma. Se titula “Sintaxis y versificación del Sueño”. El pasaje que abre el poema (vv. 1-24) recoge un hecho cotidiano: la llegada de la noche, pero en la visión de la artista, ese hecho se vuelve complejo, porque se agitan en su pensamiento varias ideas que tienden a manifestarse simultáneamente. Por un lado está el movimiento de la tierra que gira sobre su propio eje. Al quedar oculta la mitad de ella respecto del sol, proyecta una inmensa sombra que, pretenciosa y soberbia, aspira a alcanzar la altura de las estrellas, mas los astros, conscientes de su jerarquía, ni siquiera se dan por enterados. El ascenso de la soberbia sombra no pasa del mundo sublunar. Encima se encuentra el satélite inmediato a la Tierra —la Luna—, aquella diosa de tres caras que los antiguos denominaban Diana, Hécate y

Proserpina. Esa sombra sólo ejercía su dominio en el espacio sublunar, empañado con su aliento. Allí reina el silencio que únicamente admite las voces sumisas de las aves nocturnas, tan oscuras y tan graves, que no eran capaces ellas mismas de interrumpir el imperio de ese conticinio prolongado.

Esta es la explicación del contenido de 24 versos, donde se agolpan las oraciones principales y las subordinadas, como reflejo exacto del curso que siguen las ideas en la conciencia de la poetisa. La cadena sintáctica ni con mucho coincide con el esquema de los endecasílabos y de los heptasílabos. Nos movemos en una silva que, a semejanza de las *Soledades*, se desenvuelve con absoluta libertad. El lector, de seguro cautivo del desconcierto, tiene que recorrer una y otra vez el laberinto, hasta que se familiarice con sus pasajes secretos. He aquí otra cara del mundo de símbolos novohispanos.

En el trabajo de Dalmacio Rodríguez Hernández —“La imagen de Carlos II en la Nueva España: festejos reales en 1676”— se encuentra una de las exposiciones más completas del orbe simbólico indisociable de la Nueva España. Nuestro autor se apoya básicamente en el texto de Alonso Ramírez de Vargas, escrito a propósito de los festejos que se celebraron en la Ciudad de México, con motivo de la llegada al trono de Carlos II. Hablamos de 1676. El solo título es manifiestamente barroco por su longitud y la profusión de detalles: *Sencilla narración, alegórico fiel trasumpto, dibujo en sambras diseno escaso de las fiestas grandes con que satisfiso en poca parte al deseo, en la celebrada nueva feliz de haber entrado el Rey Nuestro Señor Carlos Segundo (que Dios guarde), en el gobierno, el ilustrísimo y excelentísimo señor don Fray Payo Enríquez de Ribera, del consejo de su Majestad, dignísimo arzobispo de México, virrey, gobernador y capitán general desta Nueva España y presidente de la Real Audiencia, que en ella reside y a cuya alta protección la dirige seguro y la consagra humilde don Alonso Ramírez de Vargas. Con licencia. En México. Por la Viuda de Bernardo Calderón. Año de 1677.*

Ramírez, como sor Juana y como Sigüenza, pertenece a la élite criolla. Dispone de la cultura novohispana de su tiempo y es consciente de su compromiso ideológico: se apega con fidelidad a las reglas de Estado y se conduce como un súbdito, cuyo papel

principal, en este caso, es el de contribuir a que se fortalezca el poder de la Corona en América. No cuestiona; pondera y justifica. Se dirige a los que giran en torno de la institución del virreinato, y responde a la solicitud expresa del representante en turno del Rey. Y conste que la consideración sube de punto porque Fray Payo Enríquez tiene en sus manos las dos esferas del poder que pesan en la Colonia: la religiosa y la secular. Por otra parte, el texto de Ramírez de seguro responde a las exigencias políticas del momento: el delicado proceso de sucesión que culmina con el ascenso de Carlos II, después de la regencia de su madre, la reina Mariana. Desde este punto de vista, cobra especial significación la llegada al trono del hijo de Felipe IV.

Los festejos cubrieron un período de más de cuatro semanas, en que hubo representaciones teatrales, corridas de toros y mascaradas. Interesan aquí las últimas. Nos referimos a la máscara de la nobleza y la máscara de los gremios. En la primera participaron 240 caballeros cuyo atuendo denotaba naturalmente la jerarquía del grupo y, a la vez, se ajustaba a las reglas de acto tan solemne. Con la vasta información que tiene a su alcance, el cronista descifra cada uno de los símbolos empleados en la ceremonia: los colores del atuendo, la figura de los jinetes, el adorno y vigor de los caballos, el desplazamiento, todo se conjugaba para expresar el regocijo de los novohispanos avecindados en la ciudad de México. Tanto las libreas como la antorcha representaban la nobleza y la lealtad. Tocaba a los criados, oriundos de las naciones sometidas al Imperio, subrayar el vasallaje. Carlos II, ¡no faltaba más! se arrogaba el papel de emperador universal.

En la segunda máscara intervinieron más de 200 hombres y 300 lacayos. Fue la más rica en representaciones. Los grupos iban vestidos al estilo romano, con la intención de resaltar el poder de la Monarquía, fundado en las armas. Como Roma, en la época moderna España es un imperio que sobresale por sus hazañas militares. Carlos V y Felipe II figuran como antecedentes. A Carlos II de España corresponde honrar y extender la tradición. No sólo tenía que poseer las virtudes de su dinastía, era preciso que las acrecentara y colocara a *Hispania* en la cima de las potencias de Europa. El carro triunfal que acompañaba a las "cohortes", llevaba las representaciones y pinturas *ad hoc*. Co-

operaban estrechamente la poesía, la emblemática, la mitología y la historia. No faltaron las figuras que representaban a los pueblos prehispánicos, en la etapa de la Conquista. Este universo de símbolos tan complejo parecía obedecer a un solo propósito: ratificar el sometimiento y la obediencia. Tal como acontece en varias loas de sor Juana, Carlos II alcanza en esta narración sencilla un rango que la realidad se encargó de desmentir en forma áspera, pero que el sentimiento novohispano otorgó sin la menor taxativa.

Crespones y campanas tlaxcaltecas es otra pieza valiosa en este volumen dedicado a la América colonial. Alejandro González Acosta incursiona en la historia regional de Tlaxcala, espacio de privilegio en la Nueva España por su generosa colaboración en la empresa de Hernán Cortés. El primero de mayo de 1710 se celebraron las honras fúnebres de Carlos II, quien había muerto el primero de noviembre de 1700. El rito estuvo a tono con el compromiso oficial y se ajustó al calendario de la vida pública novohispana. Don Antonio de Robles, testigo imprescindible de estos acontecimientos, registra la noticia del deceso real el domingo 6 de marzo de 1701. Un día después, el lunes 7, llega a la capital del reino el cajón que contenía el pliego del aviso; también venía la jura del nuevo rey, Felipe V, ejecutada en Madrid el miércoles 24 de noviembre de 1700. Allí se había depositado también la copia del testamento del rey difunto. Entre las indicaciones destaca la de que le hicieran 100 mil misas. El miércoles 16 hubo pregón de lutos por el rey. Hecho tan desafortunado, imposible de omitir, tenía que ir acompañado de su contraparte: la jura del rey, hecho venturoso que tuvo lugar el lunes 4 de abril.

Es el momento de asomarnos al escenario de Tlaxcala. Sus dos gobernadores, Martín de Herrera y un caballero indígena, respetuosos de su esfera de competencia respectiva y de la estructura en que están inscritos, se añaden a la cadena ceremonial. Según lo atestigua la crónica de Robles, Tlaxcala en el mismo acto realizó las honras fúnebres de Carlos II y celebró la llegada de Felipe V, en lo cual hizo derroche de ingenio y de recursos, a pesar de sus limitaciones económicas. Como en los casos que ya conocemos, se trata de la ratificación de lealtad a la corona, si bien el

artista se las arregla para introducir las peticiones que se derivan de las necesidades detectadas en la provincia. El halago al representante del rey —Herrera y Soto— y la lisonja sin medida a los poderosos, han de rendir sus frutos. Escudo, pendones y vestuario de los jinetes, lo mismo que el retrato de Felipe V, los juegos de cañas, el estandarte real y la presencia de las autoridades, brindaron a Tlaxcala la oportunidad de reiterar dócilmente su subordinación a la Metrópoli. González Acosta acomoda las piezas habilidosamente para que asistamos al doble acto de memoria fúnebre y de regocijo por el triunfo del rey de Francia sobre la monarquía española.

En la Nueva España, ¡qué duda cabe!, el peso de la Compañía de Jesús fue enorme, por las implicaciones económicas, ideológicas, intelectuales y políticas. Inserta en la complicada estructura del virreinato, creó sus propios espacios que no sólo supo conservar con empeño y habilidad, sino que también los ensanchó al paso de los años. Prueba de ello son los trabajos de Dalia Hernández Reyes y María Dolores Bravo Arriaga.

El primero (*Comedia de San Francisco de Borja: Hagiografía y Educación de Príncipes*) destaca el importantísimo papel que juega el teatro en la educación de la sociedad novohispana. Se le empleaba para el halago del poder, para el fortalecimiento del grupo encargado, para promoverlo y realizarlo, para insistir en los valores de la lealtad y adhesión a la corona y para robustecer la fe católica de la nueva comunidad, donde los criollos y los naturales del suelo americano contaban particularmente. El autor de la comedia era jesuita: Matías de Bocanegra, y el santo, por supuesto, también pertenecía a la orden de San Ignacio: Francisco de Borja. A los ojos del espectador tenían que sobresalir las virtudes que adornaban al ilustre caballero. Su paso por la tierra había sido ejemplo de abnegación y renuncia, amén de sincera vocación religiosa. Se echó mano hasta de un ángel, encargado de anunciar el ingreso de Francisco a los reinos celestiales, sin que se descuidara, desde luego, el nexo entre la Metrópoli y sus posesiones:

Será tu general,
hará tu nombre claro,
de España hasta las Indias,
tus hijos enviando.
Será tan prodigiosa
su vida y sus milagros,
que al fin ha de gozarle
la lista de los santos.

Es patente la intención de la Compañía: dar a conocer a los mortales el amplio crédito de que disfruta en los cielos. Borja sirve de instrumento, pero sus bonos no se agotan en la carrera religiosa. También figura como modelo de príncipe cristiano, según lo atestiguan sus acciones en el papel de virrey de Cataluña. Dalia Hernández nos proporciona los antecedentes necesarios para ubicar la obra de Bocanegra y medir su alcance en la Nueva España del siglo XVII. El segundo, el de María Dolores Bravo, centra su atención en Antonio Núñez de Miranda y en cuatro personalidades que, por su menester y su obra, están ligadas al famoso confesor de sor Juana: Miguel Godínez, Francisco de Florencia, Agustín de Vetancurt y don Isidro de Sariñana. El primero sobresale por su sincero empeño en guiar la vida espiritual de las almas que decidieron ponerse en su manos; el segundo forma parte ya de la corriente mariana, vinculada la Virgen de Guadalupe; el tercero tiene vivo interés en ponderar la obra de los franciscanos, primeros en la conquista espiritual de América. El cuarto merece una consideración especial, por los rasgos de su personalidad y de su obra. En efecto, el doctor Isidro de Sariñana es un creyente a pie juntillas en la concepción hispana del mundo. A sus ojos, el más acá, espacio terreno, no es digno de crédito. Nuestro afán tiene que encaminarse al más allá, el que es ajeno a las sombras y al engaño. De esa convicción brotan sus "Décimas al desengaño de la vida". No obstante, este mundo inmediato, merecedor, según parece, de nuestro absoluto desdén, es lo que lo obliga a cumplir con los ritos en que se consumen los mortales. Los ritos que genera el poder. En 1666 llega a la Nueva España la noticia del deceso de Felipe IV. Imposible que la sociedad novohispana sea ajena a tan infausto acontecimiento.

Siguiendo los pasos de Eguiara y Eguren, el Seminario de Cultura Literaria Novohispana que dirige José Pascual Buxó, disuelve la cuestionable disyunción, tantas veces reiterada en el pasado, en favor de México y de América, dignos interlocutores en la comunicación de las culturas de Europa y del resto del mundo.